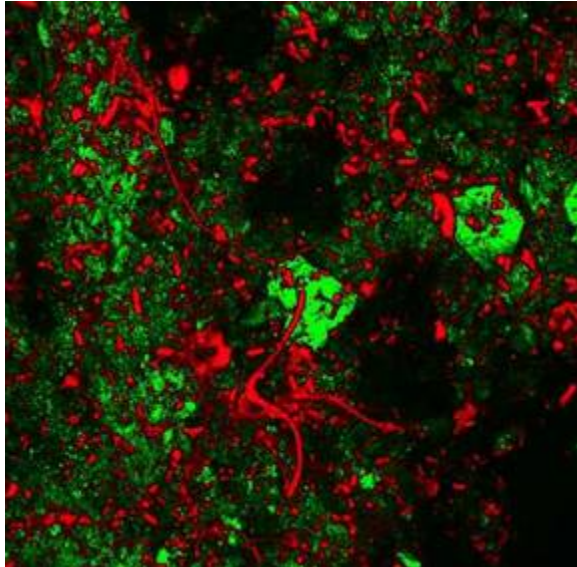


# POEMI AN' S

Alberto Kijera Saenz



© Marjinalia Bilduma  
Lege-Gordailua: SS-0883/03

Rectifico. Nunca es demasiado tarde  
(ni demasiado temprano).  
Nunca se es demasiado  
(ni demasiado poco).  
Es, digamos,  
lo máximo entre lo mínimo  
y lo extraordinario  
(que es la nimiedad)  
y el recuerdo, ahí,  
arrodillado en una esfera,  
tan extraño como ya lo somos  
nosotros, también de rodillas,  
aguardando a ver si el tiempo  
y su transcurso  
se avienen a concedernos  
una nueva oportunidad  
que nosotros volveremos  
estúpidamente a desperdiciar  
(porque si no,  
no podríamos sentirnos estúpidos).  
Así son las cosas,  
cuando la luz de la lámpara  
se apaga y nos quedamos a  
oscuras, soñando con los  
viejos tiempos (en el fondo,  
tan oscuros como los actuales).

---

<sup>1</sup> Los textos reunidos en este poemario han sido escritos bajo la influencia de los grupos musicales y/o compositores reseñados.

\*\*\*

Porque nada cambia.  
Estamos tirados ahí  
o allí; y es el mismo polvo,  
el mismo suelo de tierra,  
la misma indiferencia de  
la naturaleza, ajena a nuestras  
conquistas y a nuestras humillaciones.

\*\*\*

Rueda cuesta abajo la moneda  
que en nuestra infancia cayó,  
culpable, de nuestro bolsillo,  
no como reivindicación de nada,  
sólo como hecho en sí,  
consumado, petrificado,  
juzgado, jabonoso... Seamos  
insinceros; y cuando el domingo llegue,  
escapemos al barco (las ratas lo comprenderán).  
Seamos insinceros; mintamos como bellacos.  
No es que la política nos interese, pero...  
En algo hay que pasar el rato;  
yo eso hago. Todo el año. Pasar el rato.  
Si pudiera, llegaría a la jubilación  
pasando el rato (siempre hay tiempo  
para el trabajo duro). Y el lobo,  
bien lo sabe (por eso se ha entregado  
casi al olvido, a la desaparición  
de sí mismo: la deseada extinción).

\*\*\*

*El Cabo arroja un cabo  
y el Capitán lo decapita  
y entonces viene el Teniente  
y a ambos se cocina al dente  
porque las jerarquías son  
así de indiferentes.*

\*\*\*

Qué emotivo es estar muerto.  
Todos te lloran, te agasajan,  
te regalan flores e incluso una tumba  
te regalan (con lo caro que está el suelo).  
¡Jauría! ¡quitad vuestros colmillos de  
mi carne! ¡maldita jauría! ¡yo ya estoy muerto!  
¡jauría! ¡id a ladrar a otro sitio! ¡jauría!  
«Son los perros del Hado» me susurró una voz,  
«no los espantes o será peor».  
Quien así hablaba no tenía ojos;  
pero su mirada refulgía en sus cuencas  
vacías; yo me comía la entrepierna  
(aún no estaba podrida) y miraba  
con desconfianza a la jauría.  
Miré al ciego otra vez y vi pasar  
en sus cuenca vacías toda mi vida,  
cachito a cachito, de principio a fin.  
Cuando salieron las letras del The End,  
ya me había devorado la mayor parte de  
mí mismo y una vez más estaba

dispuesto a volver a salir ahí fuera,  
a luchar, por nada, contra nada...  
tal vez, siguiendo un consejo,  
o tal vez, dejándome llevar  
por los acontecimientos.

\*\*\*

Había vuelto a nacer en el siglo  
2021, y nevaba y hacía frío  
y lo primero que sentí fue la  
muerte, su aliento, su cercanía  
y... su misterio.

«Camel»

La moderación está bien,  
cuando uno no está en juego.  
Todos son moderados,  
hasta los verdugos  
(moderadamente matan,  
practican el genocidio, llevan a los pueblos a  
la guerra), ellos, los moderados,  
muy cristianos todos,  
con el titulillo del Opus Dei  
en el bolsillo, ellos,  
siempre allá donde el Santo Papa  
(ese petardo)  
proclama santos a troche y moche  
(muy moderados todos ellos  
también, quiero decir los santos,  
y sus santidades, y los discretos  
verdugos que a su servicio  
tuvieron). No sé si alguna vez  
lo había dicho, pero esto es  
lo que yo entiendo por «poesía social».  
Lo demás, que se lo quede la  
Real Academia del Paludismo Popular.  
Y la Iglesia, con Mayúsculas.

\*\*\*

Vierito. El fuego y la sangre  
y las burbujas. Vierito mi estoica  
furia, mi metódico heroísmo,  
y arrojo al pandemonium la

calderilla que me sobra.  
Señoras y señores,  
no me gustáis,  
porque hace tiempo  
que ya no me gustan las putas.  
No hay nada más patético,  
que una burguesía analfabeta, ¿verdad?  
Es el germen de toute la merde  
que nos rodea, por acullí y  
por acullá. Mira, ese fantoche,  
es el típico espectro de la Gran  
Conquista. En el fondo,  
un desgraciado al que le  
faltan redaños para escupir  
a la cara de su padre y de su madre,  
culpables de genocidio. Pero como  
tiene dinero, se dedica al cine.  
Y así nos van las cosas...

\*\*\*

Tengo cientos de esternones,  
todos ellos vacíos de significados.  
Espero que no te importe. Nunca  
asimilé demasiado bien la psiquiatría  
(estaba tan ocupado psicoanalizándome...)  
No se enfaden; no es nada personal. Sólo  
es que me da rabia mirar todo ese horizonte  
tan lleno y tan vacío de miradas:  
lo tenemos todo,  
y al mismo tiempo  
no tenemos nada, porque lo dejamos

perder. Nos da miedo esa otra forma  
de riqueza, la que no se puede comprar con dinero;  
la que tal vez ni siquiera a base de duro esfuerzo  
se pueda adquirir. No sé; tal vez sea algo  
intuitivo...

O, realmente, la voluntad existe;  
como posibilidad, siquiera.

\*\*\*

La evidencia es lo último  
que interesa a la justicia humana,  
demasiado ocupada en olisquearse  
los aparatos genitales y de defecación.  
La evidencia es lo que el fiscal  
trata obstinadamente de ocultar,  
para no quedarse sin empleo (le maître  
no perdona). Sí, es cierto que tengo  
una baja opinión de la Justicia.  
Pero no es mi culpa; es,  
fruto de la experiencia  
(largos años dedicados  
a la observación, con mis  
amigos los monos).  
¡Cuidado, van a dictar una resolución!  
¡Tápense las narices, la peste negra  
no hace distinciones (acaba matando  
hasta a quien la transmite)!  
Esto es ingenio: algo que los de la toga  
carecen en su mayor parte  
(tan ocupados andan contando  
—una y otra vez— sus ahorrillos...).



\*\*\*

La curiosidad, como arma  
descargada, que nos lleva al embarcadero  
de las ideas, sin tregua, arrojados  
al vaivén de lo intangible, y allá,  
al fondo, brilla nuestro talismán...  
La curiosidad, como fortuita chispa  
que un día —un buen día— todas  
las cosas puso en movimiento...

\*\*\*

Un soplo de aire gélido  
se mete en nuestras venas  
hinchándolas como un globo  
de cientos de metros y ramificaciones,  
rojo, siempre rojo. Al otro lado,  
una metódica funcionaria realiza  
sus glaciales apuntes en la descuartizada  
Olivetti, y en la oficina sobresale un fichero  
colosal repleto de maldades, y de haberes y  
de conmovedoras cláusulas copiadas con  
tinta mágica (desaparece a las pocas horas,  
o a los pocos años —eso nunca se sabe—.)

\*\*\*

El inmemorial recuerdo  
resultó ser perecedero; y más acuático,  
que un pato. Cuando escribo «poesía»,

procuro hacerlo así, con un casco de motorista chapeteado en les coujons, por si aca...  
Cada cual tiene derecho a protegerse.  
Y es que la existencia entera, vista a través de una vidriera, es así de frágil. Se requiere, digamos, un poco de parsimonia para que el último eslabón de la cadena simia (nosotros) no acabe en el fondo del océano, como el Prestige. ¡Qué hilaridad!  
¿Oyes, cómo se parten el culo de risa, en el cabildo? Es por la mano de obra, que nunca imaginaron llegaría a salirles tan barata (tan caro como ellos nos hicieron pagar su insolidaridad; y mira tú, ahora, qué majos somos...).

Es escandaloso, desde luego. Y es normal ese recelo.

Pero qué quieres, de tanto apechugar, se acaba sembrando esa discordia que tan eficaz y educativa resulta, para el patrón.

\*\*\*

La quietud se había detenido en la estancia; y circundaba las almas de los que allí estaban, como ausentes. La quietud había fermentado poco a poco entre las cuatro paredes abiertas a un quimérico infinito de felicidades desmayadas todas al más allá de la felicidad.

Oculto, mi simpleza;  
no sé qué hacer con ella.  
Procuro que no se note  
pero siempre se me aligera.  
La rima, está bien para  
quien no tiene más  
que salir por piernas.  
¡Socorro! Que alguien  
me libre de esta rima  
que me aprieta y revienta.  
¡Joder! ¡qué asco!  
¡esta maldita rima  
me está matando!

\*\*\*

La ocupación. Cosa malsana.  
Tengo ocupado el inodoro. Está  
invadido de cosas. Se mueven. Laten.  
Se arrastran. Luchan por salir de la tapa  
del inodoro. Son de color marrón.  
Creo que es mierda. Pero no estoy  
seguro (nunca vi una mierda en toda  
mi vida). Míralas; mira cómo se arrastran,  
pérfidas, traidoras... Sólo sueñan  
con la ocupación. Son los invasores.  
De mi país. Del tuyo (a ver cuándo  
nos limpiamos el culo).

\*\*\*

Me compadezco. Sobre todo,  
a las mañanas. Mientras vomito.  
No, no he vuelto a beber. Es que  
he escuchado el telediario. No,  
las noticias no eran demasiado  
horribles. Por eso he vomitado.  
He visto a los políticos con  
su raya pintada al medio, en Roma,  
aplaudiendo; los he visto estrechando  
la mano de Sharon, de Bush, animando  
a la clase dirigente de Turquía (una  
de las más analfabetas del planeta  
—por eso estaban tan a gustito—).  
Y luego, cuando he terminado de vomitar,  
me he compadecido, pues me he dicho:  
«*Y ahora, vamos a escribir un poemita*».  
¿Y tú qué miras, eh, cara de culo?

\*\*\*

Un puñetazo; dos puñetazos;  
tres puñetazos. ¡Me gusta! ¡Sí! ¡Sí!  
¡Me gusta! ¡Toma de mi papilla! ¡Mamón!  
Sí, es el director del Centro Estatal de  
Telecomunicaciones, «Pinotxo».  
Está reunido con el Director de Prisiones,  
alias «El Rata» y con el señor Alcalde  
«Tragaperras».  
Se van a comprar un apartamento. Los tres.  
Compartirán cama; y sífilis. Son la versión  
contemporánea de Los Tres Mosqueteros.

*¡Pero que ya no se lleva! ¡ya no se lleva!*  
En el fondo, hemos tocado fondo. Así  
que ahora nos llevan al juzgado,  
en donde nos espera «Bull-Doger».

\*\*\*

Sucio como estoy, bajo la cabeza  
hasta el fondo del bote de mermelada.  
Y descubro, horrorizado, que es un coño.  
¡Un coño de tía! ¡joder! ¡cómo es posible!  
se me ha quedado atascada la nariz y ahora  
no puedo sacarla. No me importa, porque  
estoy acatarrado. Pero es incómodo. Para  
escribir, sobre todo. Tengo que acabar una  
poesía amorosa para la señora condesa,  
que se vuelve a divorciar. ¡Maldito coño  
de mermelada! A ver si tenía un cepo...  
¡Joder!

\*\*\*

Estoy atrapado. No puedo salir; ni entrar.  
Me he quedado en el quicio de la puerta.  
Es horrible. Esta habilidad mía, para quedarme  
atrapado en todos los resquicios. Cuando saco  
la picha al fresco, se me acaba enredando siempre  
en algún sitio; lo peor son las puertas  
(aunque prefiero las de caoba, a las blindadas  
con acero y muelles percutores).

\*\*\*

Aquí, en mi oasis... La lengua castellana...  
Motivo de orgullo de no sé cuántas generaciones  
de degenerados... Cuántos asesinatos, cuántas  
tropelías...  
siempre justificadas en honor de la lengua  
castellana...  
Esos patas negras estatales... todo lo atropellan...  
qué sabrán ellos de la lengua castellana... todo el  
día  
en la carnicería... no distinguen la carne de cerdo  
de la lengua castellana... piensan que hablan en  
lengua castellana pero sólo gruñen, pedorrean  
en lengua castellana... Aquí, en mi oasis...  
Los distingo bien... Tenían poco de qué  
enorgullecerse,  
de sí mismos... así que echaron mano de  
la lengua castellana... «*Póngame un kilo  
de lengua castellana*», dijo el patético presidente  
al carnicero... Y salió del establecimiento  
con un paquete bajo el brazo.

\*\*\*

Tengo un retrete exacerbado  
en la punta de la lengua.  
No te lo tomes a mal. Sólo es un dicho.  
O un sinónimo (no me acuerdo).  
Un momento. El retrete se mueve...  
¡está vivo! ¡it is alive! ¡vive! ¡vive!  
Puesto toma, ¡retrete maldito!  
(con una gallina viva empieza a

golpearlo hasta que el retrete se  
desangra y muere. Luego, se come a  
la gallina).

\*\*\*

Seguridad. Eso es lo más importante.  
Seguridad. Necesitamos seguridad. Es nutritiva.  
Es ideal. Seguridad. Seguridad. Echa  
los candados, de tu cerebro.  
Seguridad. Seguridad. Que llamen  
a los de... ¡seguridad! ¡seguridad!  
Es preciso extenderla. Y proclamarla.  
Seguridad. Seguridad. Necesitamos  
seguridad. ¡Atención! ¡Seeeguridad!  
¡Atención! ¡Seeeguridad!  
¡Cielos, qué voraz, qué voluptuosidad!  
¡qué proverbial! ¡qué diversidad!

\*\*\*

El látigo restalla en la ciudad  
y su chasquido rebota en las fachadas,  
en el asfalto, en las antenas de los edificios...  
Se cuele en las habitaciones, en los hospitales,  
en las escuelas, en los tanatorios.  
El látigo restalla en la ciudad  
y su chasquido rebota en las fachadas.  
Brilla, con lujo de látex muerto;  
brilla con luz propia, diariamente,  
más de cien mil veces por minuto,  
su chasquido imponente, elegante,

fantasmagórico. Como un sueño erótico.

\*\*\*

Con una honda antiaérea conquistaremos  
el mundo; con un garrote láser lo domaremos.  
Un tamiz cubre el cielo, desangrado.  
Nuestras sombras se arrastran;  
y lo ilógico, lo juzgamos despampanante.  
Prevalece lo idóneo; y nuestro deseo.  
En el corredor de la muerte, transcurro despacio.  
Soy el Tiempo. No es que haya vuelto;  
simplemente, nunca me fui. Fecundo palabras  
así como vuestras mujeres os fecundan a vosotros.  
Y estoy, por debajo de todas las cosas.  
Más humilde que yo, sólo las ratas  
y los condenados de por vida a la fábrica.  
Hasta aquí hemos llegado, hermanos...



«Mike Oldfield»

Las nupcias llegan acaloradas.  
Tras de ellas, la manada hambrienta  
de los invitados. *¡Laudemus! ¡laudemus!*  
El sol violeta desnuda a la novia de sus ropas  
y la cuece lentamente, muy lentamente...  
La palabra del siglo XXI así nos llega:  
lentamente, muy lentamente... y  
más cocida que un huevo *asfaltado*.  
Brilla el buen humor entre los invitados:  
la carne de la novia parece sabrosa;  
y en cuanto al novio, se lo zamparon  
mientras su costilla se cocía  
*lentamente, muy lentamente...*  
Y el sol brilla violeta, tremebundo,  
como un dios encolerizado dispuesto  
a arrojar su lava (su saliva) contra los  
falsos adoradores. Aúlla el crisantemo  
y los rayos de luna se quiebran en  
las ramas de los árboles, cayendo  
suavemente sobre la hojarasca permanente  
del bosque una vez encantado  
(tal vez aún siga siéndolo,  
pero de otra manera: un encantamiento  
sin carne humana, transformada —por necesidad—  
en jugo vegetal). Los invitados notan la presencia  
del bosque y aún vislumbran los rayos de la luna  
caer, congelados, de las ramas —vivas— de los  
árboles —muertos—. Los crisantemos se  
mantienen  
en pie gracias al tornillaje; justo en ese

instante, los invitados se echan a reír: *¡a Octavio le falta un tornillo!*, gritan muertos de risa. Y la poesía comienza a crecer en sus estómagos repletos de exquisita comida (la carne lentamente cocida de la exquisita novia). El sol, violeta, brilla a troche y moche y aprovecha sus últimos rayos para calentar a la mujer que más le gusta, hasta abrasarla... sin piedad.

\*\*\*

La noche late; se siente su corazón bombear en el cielo oscuro repleto de caóticas estrellas; y el corazón de la noche late con fuerza... Las briznas de hierba alzan su cuerpo, y se entregan, embriagadas por el latir rítmico de la noche. Un barco despliega la vela mayor y se aleja en dirección de la Tercera Constelación; un poco más lejos, el Faro de Aftalón parpadea y baña con su misterio el silencio de la noche y del cosmos.

\*\*\*

La quimera del odio sólo era eso: una quimera. Al final, todo acaba siendo una mirada despojada de ira; al menos, para quien se esforzó en caminar sobre sus pies, en este mundo. Una herida en el cielo muestra su sonrosada sangre; y nubes de algodón envueltas en papel azul oscuro pasan raudas y se alejan

de la nefasta visión. El Creador contempla su obra... la nuestra... y justo en ese instante el rostro de Mona Lisa se refleja en su sonrisa. Cae la nube, la herida se cierra y el venado levanta su mirada hacia el cielo, implorando vanamente misericordia.

\*\*\*

El mundo, aparatoso, va dando vueltas dentro de su botella; y el litoral del cristal queda bañado por un mar de sueños, todos ellos humanos, pero tocados con el aliento divino de los dioses paganos. «¡Morid por la belleza!», gritan las voces. Ninguna otra *sesión* merece tal sacrificio. Y luego, los gitanos huyen del lugar con sus carretas blancas, dejándonos a nosotros dentro de la botella, náufragos de nuestros mensajes, de nuestro sentir a medias, de nuestra más que evidente insensibilidad para las cosas bellas. «¡Estamos atrapados!», grita alguien. Pero ya es demasiado tarde, la lanza del mago se introduce en nuestra boca, y a golpe de tajo se abre paso, primero, hasta la garganta, y de allí va directa a los pulmones, en donde reposa nuestro pestilente cenicero.

\*\*\*

Un soplo enigmático surgido de la sombra  
hace bailar la llama, que recula y finalmente  
se apaga. Es el final del poema, de la vida  
y... de la brasa.

El habitante parte hacia la levedad.  
Una sospecha flota en el aire... La particularidad  
se disuelve en la generalidad. El habitante está  
y al mismo tiempo no está. Su cuerpo es un  
rayo de sol jugando en la espesura del bosque.  
Yace amordazado el musgo sobre la piedra,  
a quien protege del gélido marzo. El habitante  
clava su mirada oblicua entre los matorrales,  
ausente de deseo. Un animal salvaje lanza  
su histérico grito de aviso. El bosque ruge.  
La nada retrocede (ha visto al futuro cernirse  
imparable y no puede hacer nada). La ninfa  
aparece de improvisto sobre una roca, desnuda  
como ella. Su cuerpo de niña, inmaculado,  
se entrega a su mirada, y lo salva. Atrás  
queda el bosque y la sal y la nada...  
Alguien, cierra la página del libro  
de poesía. Y ruge la montaña. Maldita por dentro.  
Con todo su aparato digestivo disuelto.  
Ríos de constancia van a parar al mar de lava  
—¡ojalá no regresen jamás!—. Y uno de los  
diosecillos de la montaña da golpes con el pie  
en una roca; y no es un gesto inútil. Todo  
tiene una repercusión allá; y los hechos  
se desmoronan ladera abajo, maltrechos.  
El habitante, confiado, arde en la llama  
oscura del anochecer y colinas de fuego  
iluminan el camino más allá de las primeras  
estrellas. Y para cuando vuelve la mirada,  
el diosecillo ya no está y no volverá a

verlo nunca. Son hechos de una sola vez.  
Forman parte del misterio. De la poesía.  
El habitante hace unos anotaciones en  
el libro de bitácora (lo robó del último  
barco en que viajó de polizón, antes  
de que se hundiera —en realidad, lo hundió  
él mismo—). Su mirada oblicua fija ahora  
en la sima abierta a sus pies y no duda  
en arrojarse —a su destino—. Y la muerte  
besa sus labios y acaricia su sexo  
antes de llevarlo lejos, muy lejos de allí.  
No aún sitio mejor, ni peor; sino a otro sitio.  
Diferente. En donde la nueva ciudad...  
le espera con su brillo de metal y cristal  
reluciente. Ésta es la poesía de la imaginación,  
de la fantasía. Es otra forma de poesía.  
Ni mejor ni peor que cualquier otra.  
Diferente. Oblicua. De brillos de metal  
y cristal reluciente. La poesía de la fantasía.  
Inagotable, como las hazañas del hombre  
(si no estuviera tan ciego...).

\*\*\*

Mi cuerpo se rompe. Noto su deterioro.  
Los cambios se avecinan y la tormenta  
deja de ser un augurio para convertirse en objetivo.  
La plegaria hurga en la noche, y el susurro  
encarcela las palabras consagradas. Yazgo  
ahí, como pudiera yacer allí. Nada hay más  
lejos que uno mismo —su continuo—. Y el  
arroz comenzó a caer del cielo como una

tromba de lluvia. Había un toque trágico  
en todo ello. Aquel paisaje... ridículo.  
Cubierto de arroz. Dado al ingenio.  
El día dio un giro espectacular. Se había  
vuelto caprichoso —el aire y el río y el sol  
radiante y las raudas nubes y...—. Dejé  
caer la maleta de las cosas inservibles  
y miré sin recelo a la culebra, apenada  
por mi devastada desnudez. Pensé, por  
un momento, que allí estorbaba. En realidad,  
era parte del paisaje, sólo que aún debía  
dispersarme. Me arranqué las hojas adheridas  
a mi pelo y bailé una conmovedora danza  
en el paraje desierto. No había más civilización  
que no fuese mi recuerdo. Y ante el fuego  
perturbador, escupí al olvido todo cuanto  
no fuera perecedero. Luego, al levantar la vista,  
vi allá, la fantástica maquinaria, sobrevolando  
el nuevo territorio. Y lanzándome un guiño  
amistoso, sin mediar palabrería alguna,  
lo supe entonces todo. Y la barbarie  
quedó atrás para siempre. Ya no sería  
de nuevo un esclavo. Y si lo fuera,  
habían encontrado al amo perfecto.  
Casi me dieron ganas de ladrar  
—¡tal era el gozo!—: ¡Ah,  
por fin había roto la cadena  
y no me hacía falta traducirme  
ni disimularme! Rompía contra el  
alba de las palabras como una ola  
contra el batiente. Y aún así,  
ése fue el único recuerdo que me permití.

Más por nostalgia, que por necesidad.  
Quería que la poesía fuese no una ilusión  
sino una realidad; que la pudiera tocar,  
que la pudiera sentir; que la pudiera vivir,  
respirar...  
Había traspasado la puerta.



«J.S. Bach»

La aventura del extremismo;  
extremismo de las palabras,  
de los momentos geniales que  
a ellas nos impulsan,  
mágicamente,  
como el viento que impulsa  
la nave, sin miedo a quedar  
varados en medio de la nada,  
en medio del Mar de las

[Palabras].

Escribo, y lo hago con la misma  
falta de ansia  
con la que respiro.  
Atrás ha quedado el bar,  
las letrinas  
y el entrepaño,  
que junto al Jarro  
fueron  
mis fieles compañeros de viaje.

\*\*\*

He huido del Club.  
Ya nada espero.  
Sólo esta claudicación...  
y el recuerdo de las olas del mar  
rompiendo contra mi soledad  
en la que me desnudo  
como si el mañana  
no sucediera jamás.

\*\*\*

La Historia muestra su rostro  
y yo saco la lengua  
y continúo trazando con el lápiz  
grotescos vestigios a los que doy  
el nombre de "dibujo lineal".

\*\*\*

He ahí el sobrenombre  
antepuesto siempre a la primera  
puesta en escena en la que palpito,  
viscoso, en una ciénaga polvorienta  
de dentífricas palabras, malgastadas  
en su sentido más ruin. Déjame  
decirte lo que pienso, Conciencia,  
y luego huye si quieres.  
Pero no esperes  
    que yo  
vuelva a quedarme  
    en esta carbonera.  
Si el rico tiene frío en los pies,  
    que se los chupe su hembra  
(para eso se casó con él, ¿no?)  
Eso, no lo digo yo;  
sino la sirvienta.

\*\*\*

Un lagrimal... ¡qué obsceno!

Con lo baratos que son los sueños.  
Subo las escaleras con ese  
sentimiento de inutilidad  
que emana de las acciones  
destinadas  
a interponer un lapsus perentorio  
entre principio y final.  
La muerte, en el Entresuelo,  
me sonrío al pasar  
y me ofrece su anillo  
que yo me apresuro  
a rechazar.  
Los vecinos me lo agradecerán algún día.  
El paquebote silba ronco.  
La hora acecha.  
La terminal proyecta  
su sombra oblicua. Y yo —¡qué lastima!—  
miro hacia atrás  
sin esperanza alguna.  
Aún siento bombear mi corazón  
enlatado,  
motivo de tanta alegría  
[muerta].

\*\*\*

El "rocío"... no me dice nada.  
Tal vez, si lo intentara con la palabra  
[hollín...],  
me sentiría algo más mojado  
por dentro.  
Mi "sentimiento poético" se desangra.

Sí, soy yo. Aunque no lo parezca.  
No es que haya vuelto;  
en realidad, nunca llegué a irme.  
Me fastidia, además, ese  
"toque poético" de las cosas.  
Prefiero el sinsentido,  
la maraña atrofiada de los  
decires tal vez poco piadosos  
pero dotados —¿cómo lo diría yo?—  
de esa superficialidad capaz  
de llevar la reseña del libro  
a su justo lugar.  
¡Y para eso he vuelto...!

\*\*\*

Hierve la sangre en el lapidario.  
La niebla me perfora por dentro.  
Doy cuatro pasos, y ya me muero.  
Persigo el cuadrado perfecto.  
Y enarbolo un trapo entre mis dedos.

\*\*\*

El estilo rococó de la inmunda  
[clase dirigente];  
me complazco en el insulto ajeno,  
y así aprovecho para mejor situarme.  
En el fondo, no estamos todos tan lejos  
como creemos.  
Existe una pared contigua  
a dos habitaciones.

Y eso quiere decir,  
que el mismo edificio  
[compartimos].

Ahora vienen los funerales.  
No te los pierdas,  
si te gustan los caramelos.

\*\*\*

Un réquiem por ese próximo amanecer,  
delirante y delicado, bien dispuesto e indispuerto,  
la mudable seriedad del instante  
y el desmayo que acompaña a toda  
[puesta en escena].

El poemario está listo. Ya lo podemos  
[dar al fuego].

Hemos realizado la travesía,  
y a pesar de lo ridículo, de la solemnidad,  
casi puedo alardear de mi naturalismo.  
Mirad, mi grotesca gordura  
qué humana  
y sonrosada  
se vuelve en su desnudez.

\*\*\*

Una vez, derroché a manos llenas  
lo que poseía a raudales  
y ahora más me falta: tiempo,  
tiempo para desesperarme,  
para amar y ser amado  
para odiar y ser odiado.

Tiempo,  
para vivir y sucumbir  
sin pena ni gloria.

\*\*\*

Retumban frías y lejanas  
las últimas palabras  
en las despedidas;  
el reloj palpita su parsimonia  
y trae reminiscencias como brasas  
ahogadas en su súbito baño.  
La marea se lleva consigo  
el recordatorio al pleno,  
y sólo quedan los interesados  
y sus sombras, quiméricos  
enlaces de lo Negro.  
Abatible es nuestro devenir,  
y más allá de la raya,  
¿qué queda sino la arena  
que no se deja contar?  
Eso quería decir; creo...

\*\*\*

El mar penetró en la estancia  
y arrojó sobre la mesa todos sus  
tesoros: estrellas y caballitos de mar...  
erizos... y, en fin, toda esa rutina  
que lo caracteriza y cuya mítica  
tanto nos ha entusiasmado  
desde siempre. En cualquier caso,

(y tal vez no venga a cuento)  
es agradable siempre  
sentarse al ocaso de los días  
[propios]  
y permanecer atentos  
al silencioso transcurrir  
de los acontecimientos.  
(Para morir,  
siempre hay tiempo).

\*\*\*

A veces,  
hay que aprender a callar  
y sólo saber escuchar.  
No todo es creación.  
La botella de vino  
rápido se bebe  
pero preguntad al campesino  
sobre su elaboración.  
Y veréis, como dijo Kundera,  
lo insoportable que puede  
[llegar a ser]  
"la insoportable levedad del ser".  
Y es que, cada golpe de fusta,  
tiene su martingala (al menos,  
en el buen cine). Y ahora, digámonos  
adiós, pues el otoño de las horas  
va pasando y la mirada del  
invierno se posa en nosotros  
como un achicharrado copito de nieve.  
¡Adiós, amig@s!

